

Índice

Prólogo de Casimiro García-Abadillo	9
Presentación	11
Capítulo 01	13
Capítulo 02	21
Capítulo 03	31
Capítulo 04	41
Capítulo 05	53
Capítulo 06	65
Capítulo 07	85
Capítulo 08	103
Capítulo 09	121
Capítulo 10	145
Capítulo 11	165
Capítulo 12	175
Capítulo 13	185
Capítulo 14	209
Capítulo 15	221
Capítulo 16	237
Capítulo 17	247
Capítulo 18	257
Capítulo 19	265
Capítulo 20	275
Capítulo 21	283
Notas	301

Prólogo

Sin salida no es una novela de ficción. Es un reportaje novelado escrito por una periodista acostumbrada a cubrir informaciones asumiendo altos riesgos.

Desde que comenzó a colaborar con *El Mundo*, hace más de quince años, Salud Hernández-Mora ha contado con minuciosa objetividad lo que estaba ocurriendo en un país tan querido y, al mismo tiempo, tan desconocido para la mayoría de los españoles como es Colombia.

Utilizando una técnica narrativa propia del reporterismo, Hernández-Mora reconstruye una historia en la que probablemente lo único ficticio sea el nombre de la protagonista, Isabel Velasco.

Pero lo increíble es que lo que cuenta en este libro es un suceso real y, por desgracia, casi cotidiano hasta hace algunos años en ciertas zonas de Colombia, como es el caso del norte del Cauca, cerca de Cali.

El esposo de Isabel fue asesinado. Las FARC secuestraron a su hijo y pidieron por él un elevadísimo rescate. Se trata de uno de los grupos guerrilleros más sanguinarios de Latinoamérica, que ahora negocia en La Habana un acuerdo con el Gobierno de Juan Manuel Santos.

La narración se centra en los esfuerzos de Isabel por liberar a su hijo, en una negociación inverosímil con uno de los jefes de la guerrilla, cuyo alias es Gregorio.

Isabel está sola. El gobierno apenas le presta ayuda. Lo más dramático del relato es justamente la lucha denodada de una madre no sólo por devolverle la libertad a su hijo, sino por vivir

con dignidad en un ambiente donde la violencia y la falta de respeto a la ley se han convertido en norma.

Leyendo *Sin salida* me han venido a la memoria las experiencias de algunas víctimas del terrorismo que vivieron durante los llamados «años de plomo» en el País Vasco. Me refiero a los casos casi inconcebibles de viudas o huérfanos que tuvieron que soportar vejaciones e insultos por parte de los amigos o compañeros de los asesinos de sus esposos o padres.

Hernández-Mora, a través de la Fundación País Libre, ha tenido el valor y la caridad humana de acercarse a las víctimas para intentar aliviar en lo posible su dolor, su desesperación.

Este libro es un homenaje a esos miles de personas que han sufrido en sus carnes el fanatismo de grupos que han puesto su causa por encima de cualquier otra consideración.

Sin salida es un reconocimiento a los verdaderos héroes de nuestro tiempo. Aquellas personas que han sabido hacer frente a la barbarie con serenidad y que han padecido la terrible soledad que implica su lucha.

Casimiro García-Abadillo
Director de *El Mundo*

Presentación

Todo lo que narra este libro es real. Por desgracia, no es una novela de ficción. Sería menos doloroso.

Empecé a interesarme por la historia hace tres años. Sostuve incontables conversaciones y fui testigo directo de situaciones que están reflejadas en estas páginas.

Mi única intención al escribirlo es llegar al corazón de los lectores para que se identifiquen con personas como la protagonista de mi relato. Que no ignoren lo que ocurre alrededor de ellos. Ayer fue esa mujer, mañana puede ser cualquiera de nosotros.

* * *

Hay varias personas a las que tengo que agradecer su colaboración. La primera y principal es el personaje central. Este libro es de ella. Yo me limité a ser su pluma. Otras personas de su entorno también resultaron claves para conocer, desde las entrañas de cada uno, lo que sintieron en cada momento.

En cuanto a las correcciones, mi hermana Elena siempre me ayuda, es mi gran editora, y mi amiga Diana Alcócer puso su grano de arena, al igual que Germán Hernández. A los demás que colaboraron en algún momento, desde aquí les doy las gracias.

* * *

Hay nombres y lugares que debí cambiar por seguridad. No sé si conoceré el día en que se puedan revelar las verdaderas identidades sin poner a nadie en riesgo.

Salud Hernández-Mora

10 de agosto, 1991

Al despertar piensa en su hijo y siente unas inmensas ganas de abrazarlo. Se levanta, va a la habitación del niño y, aunque está dormido, lo saca cuidadosamente de la cama, lo aprieta contra su pecho y lo besa. El pequeño entreabre los ojos y vuelve a cerrarlos. Pablo lo acuesta, lo cubre con la sábana y sale. Cuando se baña y se alista, se dirige al garaje.

Su perro, una mezcla de razas indescifrable, se acerca batiendo el rabo:

–Cuídemelo mucho –le pide a María, la empleada doméstica.

Antes de subir al carro, se mete el revólver en la cintura del pantalón gris, de lino, y lo cubre con la guayabera blanca. Espera que su esposa se acomode en su asiento y arranca.

El día es soleado, Isabel afronta una apacible jornada sabatina en la Universidad de Cali. Mientras ella asiste a sus clases de Administración Educativa, Pablo practicará equitación en el Club Campestre.

Dejan atrás El Retorno, la finca que Pablo Corsi compró al abuelo de su esposa quince años atrás, y toman la vía principal que conduce a la capital del Valle del Cauca, a 45 minutos de distancia por una buena carretera. Aunque suele hablar en el trayecto, esa mañana permanece en silencio, pendiente del tráfico y de las motos. Desde que sufriera un atentado dos años atrás, no las pierde de vista cuando se aproximan al vehículo.

En aquella ocasión, una motocicleta alcanzó su carro y, en cuanto se puso a la altura de la ventanilla, el parrillero disparó. Tres balas se incrustaron en su brazo izquierdo y una en el hombro. Isabel, que lo acompañaba como de costumbre, se tiró al suelo y esquivó las balas. Esa reacción los salvó de la muerte porque Pablo se echó sobre su esposa, pensando que la habían herido, y los sicarios, al ver cómo ambos caían, no los remataron y huyeron.

También ella, ante aquel recuerdo, se sobresalta al paso de las motos. Pero esa mañana no va pendiente de nada, solo piensa en su curso mientras se recrea mirando las verdes llanuras tapizadas de cañaduzales, un paisaje que nunca se cansa de contemplar.

Transcurren apenas diez minutos cuando suenan varios disparos. Isabel ve un Mazda 323 que pasa a toda velocidad y, asomado a la ventanilla, un hombre de cara ancha, pelo negro, de unos 40 años, con una pistola en la mano. Al cruzarse las miradas, el sicario sonríe satisfecho, le apunta a la cabeza y aprieta el gatillo.

Isabel, que hasta ese instante no es consciente de lo que está ocurriendo, se agacha por instinto, el disparo revienta el parabrisas y le roza la mano derecha. Pablo cae sobre su espalda y la camioneta, que avanza sin control, se sale de la carretera. Ella se incorpora para intentar frenar poniendo el pie sobre el pedal, por encima del de su esposo, pero no puede presionar bien. Por suerte, ruedan despacio y quedan clavados en una zanja.

Se gira hacia Pablo y ve horrorizada que está inconsciente, con una herida en la cabeza. Baja y corre hacia su puerta. La abre y empuja el cuerpo de su esposo para ponerse al timón y trasladarlo urgente a un hospital. Le cuesta correrlo, es un hombre corpulento, pero lo empuja lo necesario para sentarse. Prende el motor y acelera. El carro no se desplaza un milímetro. Insiste una y otra vez, cada vez más nerviosa. Las llantas solo dan vueltas sobre sí mismas.

Unos ciclistas se acercan a auxiliarla y un Nissan, con una pareja a bordo, parquea a su lado creyendo que se trata de un accidente. El conductor desciende a toda prisa y al verificar que la camio-

neta no saldrá de la zanja, mete a Pablo en la parte trasera de su *jeep*, ayudado por los deportistas. Antes de subirse al carro, Isabel recoge el radioteléfono que su esposo siempre lleva en la camioneta. Luego se sienta junto a Pablo y salen a toda velocidad hacia Cali.

Sostiene con cuidado la cabeza de su marido y saca del bolsillo de la guayabera un pañuelo blanco. Con una mano le limpia la sangre que le brota por la nariz y con la otra coge el radioteléfono para avisar, a través de la operadora, a una ambulancia y a sus hermanos. La voz le tiembla, dirige la vista a la carretera y le parece que no avanzan.

– ¡Mande una ambulancia, mande una ambulancia, que hirieron a mi esposo! ¡Vamos hacia Cali! – repite desesperada, casi a gritos. Se le atropellan las palabras al intentar describir lo ocurrido, a la operadora le cuesta entenderla.

Al pasar por un control ordinario de la policía, les hacen señas para que se orillen. Un agente se asoma a la parte trasera del vehículo para inspeccionarlo.

– El señor está muerto – sentencia sin atisbo de duda.

– ¡No está muerto! ¡Está vivo! ¡Está vivo! ¡No nos detenga! ¡Déjenos seguir! – grita Isabel.

El policía se encoge de hombros y hace una seña para que continúen. Instantes después, se cruzan con la ambulancia. En lugar de detenerse, da la vuelta y adelanta al *jeep* para abrirle camino puesto que ya están llegando a Cali. El sonido de la sirena altera aún más a Isabel.

– ¿Por qué no van más rápido? – pregunta, temblando de ansiedad.

Por fin aparece el edificio del Hospital Departamental. Se dirigen a Urgencias. Un médico abre la puerta y echa una rápida ojeada a Pablo. Tiene el cráneo destrozado. Luego sabrán que recibió siete disparos.

– Está muerto. Llévelo al anfiteatro – indica de manera brusca.

- No, no lo muevo de acá hasta que llegue alguien de mi familia
- responde Isabel, haciendo un esfuerzo para que le salga la voz.
- Está bien -concede el galeno-. Vayan por detrás al parqueadero y esperen allá -le indica al conductor.

Esta vez Isabel no protesta. «Está muerto», repite sin ser consciente de lo que dice. «Está muerto». Las dos palabras que marcarán el resto de su existencia le han sacudido como un ciclón.

Parquean y se acercan dos empleados del hospital, sacan el cadáver del carro y lo tienden en una camilla que dejan en el suelo. Los dueños del *jeep* se quedan junto a Isabel:

- Tranquila, señora, que la acompañamos hasta que lleguen sus hermanos -le asegura la mujer.

No pueden evitar mirar de soslayo al desconocido que recogieron. Ven el rostro blanquecino de un hombre que debió ser atractivo, el pelo gris con entradas, la frente ancha, la nariz recta, las manos grandes.

Como por encanto, aparecen tres representantes de funerarias a disputarse el cadáver.

- Señora, nosotros arreglamos al fallecido y nos encargamos de todo -ofrece uno. Otro corre a proponer el mismo servicio a un precio inferior.
- ¡Respeten mi dolor! ¡Lárguense de aquí! -les grita Isabel, indignada. Pero en realidad no sabe por qué se enfada. Buitres o amables, brutales o consideradas, todas las personas le dan igual. Le acaban de arrancar la vida de cuajo, ni siquiera tiene ganas de llorar.

Por fin aparece Liliana, su única hermana, con la que está muy unida, y sus tres hermanos varones. La abrazan pero ella no derrama una lágrima, mira el cuerpo de Pablo y la imagen le parece irreal.

- Tenemos que esperar a la policía y a la comisión judicial, por tratarse de un crimen -indica Jorge, el mayor. Entretanto,

Liliana despide a la pareja de samaritanos y les agradece lo que hicieron por su hermana.

- Supe que mi cuñado había muerto en el acto al encontrar en su asiento restos de sesos y huesos del cráneo -informa Jorge al agente del CTI que acaba de llegar y empieza a hacer preguntas después de mostrar su carné de investigador de la Fiscalía.
- Yo estaba en la finca que administro, que queda en Caloto, y fui a su encuentro en cuanto me llamó mi hermana, pero ya iban de camino a Cali. Cuando vi la camioneta en la zanja, bajé a mirar.
- ¿Llevaban armas? -interroga el investigador, dirigiéndose a Isabel. Ella sigue en su nube, ha perdido la noción del tiempo, no es consciente de lo que hacen en ese lugar. Como una autómatas, abre su bolso y saca el revólver de su esposo, envuelto en una pañoleta. Por alguna razón recordó que un ciclista lo vio sobre el asiento de Pablo y ella lo guardó.

El agente vacía el cargador y comprueba que tiene todas las balas, nadie lo ha utilizado.

- Jamás disparó mi esposo un solo tiro, no era de armas. Compró esa después del primer atentado creyendo que podría protegerse -aclara.

No continúa porque en ese momento rememora las escenas de Pablo, llegando a casa con un revólver nuevo, confiado en que serviría de escudo y, después, con un empleado que hizo las veces de guardaespaldas, hasta que se aburrió de tener una sombra y lo despidió.

- Por favor, señora, ¿nos puede contar qué pasó? -pregunta otro de los miembros del equipo del CTI. Isabel parece despertar de su letargo y lo increpa:
- ¿Ahora sí vienen ustedes a investigar? Con toda la ayuda que él pidió después del primer atentado y nunca se la dieron. ¿Para qué, si ya lo mataron?

Aun así, relata lo ocurrido y contesta sin interés todos los interrogantes. La hacen sentir como una sospechosa más, pero ya no le importa nada, tiene la impresión de que se desliza hacia un abismo profundo y oscuro.

Mira el reloj. Seis de la tarde. Han pasado diez horas desde el asesinato y comienza a embargarle una angustia insoportable. Se da cuenta de que ha perdido a Pablo para siempre, de que su hijo, de tan solo 15 meses, crecerá sin su papá y ella sin el hombre que ama.

– No teníamos problemas, los dos somos independientes, caseros, amantes del campo, de los animales. Lo que a él le gustaba, a mí me gustaba, nos entendíamos muy bien, me ayudaba cantidades –le cuenta al investigador, resistiéndose a aceptar que ya todo es pasado, que el presente se esfumó.

«¿Por qué no la mataron a ella también?», piensa. Hubiera querido irse con Pablo.

Acaban los trámites con las autoridades y Liliana la conduce a la funeraria. El cadáver aún no ha llegado a la sala de velación. Su hermana le sugiere que se cambie.

– Está toda ensangrentada. Le traje ropa de su casa.

Se mira la falda y la blusa que lleva puestas y, por primera vez, nota la sangre pegada por todas partes y los zapatos embarrados.

Junto a la sala que les han asignado, hay un dormitorio y un baño reservado para la familia del difunto. Se baña y se cambia. Sobre las nueve de la noche siente que la cabeza le estalla. Se mete al baño y vomita, aunque no ha comido nada en todo el día. Luego se acuesta sobre la cama.

Duerme una hora y al despertar vuelve a la sala de velación, donde ya está el féretro. Pasa el resto de la noche viendo entrar y salir gentes que ese día le resultan indiferentes. Saluda y ni sabe a quién.

Por la mañana, temprano, se deja llevar a casa de su hermana a vestirse de luto para el sepelio, programado para las diez. Sigue en su mundo de tinieblas, ajena a lo que ocurre a su alrededor. En el cementerio ve el cajón y le cuesta creer que dentro está Pablo. Echan tierra sobre el féretro, recibe abrazos y

condolencias de personas que no logra distinguir y regresa a casa de Liliana. En un momento en que quedan a solas, Jorge la agarra de los brazos para que le preste atención.

– Sé el dolor que estás sintiendo, pero mañana a las siete te estoy recogiendo para ir a la fábrica –le dice con la autoridad que le concede ser el mayor de los Velasco.

Esa segunda noche le martilla una frase que Pablo solía decirle: «Mujer, cuídate, porque donde te pase algo yo me muero». Ella, sin embargo, nunca imaginó que pudiera ocurrirle algo a él, ni siquiera el día en que le suplicó, cuatro meses atrás, que saliera del país una temporada porque le alertaron de un plan para asesinarlo.

– Dile a Pablo que lo van a matar, que se vaya de Caloto –advirtió un conocido con contactos en la policía. Al mediodía, en cuanto se encontraron en su casa para almorzar, se lo contó.

– Si Dios me perdonó la vida una vez, el día que salga de aquí será con los pies para adelante, pero yo no tengo que huir como un delincuente. Ya estoy muy viejo para empezar la vida en otro país –le respondió su esposo.

Ella no se dio por vencida y entre lágrimas le rogó que se fuera.

– Amor, vete, andá a Alemania y aprovecha que te estás comprando un caballo allá. O vámonos juntos, acordate que tenemos un hijo. Sal del país que te van a matar. Hazlo por Daniel, así no lo hagas por mí.

Pero él insistía en que no tenía por qué huir y no quería dejarlo todo botado.

– Yo trabajo en lo que sea y salimos adelante, amor –volvió a implorarlo.

Pablo se mantuvo en su posición y ella terminó por ignorar la advertencia y el miedo, tal vez porque le resultaba imposible imaginar su existencia sin él.

Eran tan felices juntos. Al repasar la vida que le acaban de arrebatarse, rompe a llorar.